

— Hermanita...

Hubo un momento de silencio.

El gran marqués abrazaba en silencio á Fiamma mientras Sed de Amor besaba castamente los ojos azules de la mudita.

Uno tras otro fueron pasando luego los apóstoles por la tronera, recobrando la fuerza y la energía al sentir que sus pies hollaban la tierra firme.

Y como no había tiempo que perder, el señor de Villanueva y Bernardo se separaron luego de celebrar brevisimo diálogo. El primero fué á colocar sus hombres en los sitios estratégicos de la torre maestra, en la que pretendía introducirse con ayuda de Glorieta; y el segundo, guiado por la hermosa japonesa, se dejó conducir á los salones en que se celebraba la fiesta, en los que hizo su entrada muy oportunamente, según tuvimos ocasión de ver en uno de los capítulos anteriores.

XI

LA ESTOCADA DE SPOLTO

Volvamos al salón de Coconás.

Apenas hubo retirado su antifaz la geihsa nipona produjo entre los circunstantes tal murmullo de sorpresa que ninguno de ellos pudo oír que alguien llamaba.

— ¡La berberisca! — exclamó admirado Joyeuse.

— ¡La que se burlaba de nosotros en la casa maldita! — gruñó Libarot llevando la mano al sitio donde estuvo la oreja que le había segado el boomerang.

Sed de Amor tomó entonces la palabra.

— Permitid, señores, — dijo, — yo tengo motivos para bendecir esa casa que llamáis maldita. En ella precisamente tuve la suerte de conocer á esta deliciosa é inteligente joven, sin cuyo socorro no tendría con seguridad el honor de encontrarme en vuestra compañía en este momento.

Con esta frase de doble sentido expresaba Bernardo á Fiamma su gratitud no solo por el bálsamo soberano con que curara su herida, si que también por su reciente y heroica acción.

Peró como los miñones no podían comprenderle, se contentaron con pronunciar algunas palabras de protesta, aunque á media voz, y aun fingiendo aprobar la galantería del caballero.

Los que antes llamaran á la puerta, fatigados sin duda de hacerlo inútilmente habíanse retirado, reintegrándose al baile. Estos eran Schomberg y Riberac, quienes hubieron de quedarse fuera por haberse precipitado un tanto en cerrar la puerta el futuro bufón de Enrique IV.

Quiere esto decir que entre las personas reunidas en aquel salón separado de la fiesta, había una neutral, Brantome, que hubo de seguir á los miñones con la sola intención de oír de labios de Bernardo una historia interesante; tres favorables al caballero, con solo dos espadas, las de Mercœur y Chicot; y por último seis que le eran adversos y esperaban encontrar en aquel sitio la ocasión de desembarazarse del molesto aventurero.

Dicha falange animada de siniestras intenciones hallábase compuesta por el duque de Saboya-Nemours, el de Nivernais, Joyeuse, Libarot, el barón de Tourne-mire y el poeta ambicioso Remy Belleau.

— Henos aquí, señor caballero, — dijo este último — en un oasis misterioso defendido por el miedo contra las indiscreciones. Suponemos que no tendréis

inconveniente en satisfacer aquí nuestra legítima curiosidad.

— Aquí no han de venir á buscarnos las señoras; — añadió otro.

— Además, — dijo un tercero — las puertas están cerradas y los muros son espesos. Nadie ha de oír lo que digáis.

— Venga, venga el relato de esas aventuras, caballero...

— ¡No! Ante todo la historia de la estocada secreta. Esta opinión recogió todos los sufragios, que se tradujeron en aplausos.

— ¡Sí, sí, la entortada, la entortada! — gritaron á coro los miñones del rey.

Estos habíanse sentado separados, como al azar, formando un semi-círculo en torno de Bernardo, quien apoyado en el mármol de la chimenea no se cansaba de contemplar en un espejo, comparándolos, su propio rostro y el de Rolando.

— ¿Qué diabólico ó mágico poder ha podido hacernos tan iguales? — preguntábase por la centésima vez. — ¿Cómo ha podido Dios permitir tan ultrajante parodia de su trabajo? Porque si he de creer lo que me dijo Ayela en un momento de abandono, ese hombre es Sed de Sangre, un bandido... Aunque Matraca por su parte me ha afirmado que Sed de Sangre sufrió el tormento esta misma mañana, en el gran Chatelet... ¿Qué debo creer, Señor? ¡Ah! si yo pudiera descubrir esa frente, levantar la mecha de cabellos que cae sobre ella! Tal vez me encontraría con la A que debí mar-

carle de un modo indeleble con el pomo de mi espada á orillas del Vezera...

Las voces de los miñones volvieron á Bernardo á la realidad del momento. Vióse entonces rodeado de gentes, muchas de las cuales debían conservar contra él el resentimiento que inspira el orgullo humillado. Los contó con la vista, encontrando que eran seis. Poca cosa.

Frente á él estaban sus amigos, Mercœur y Chicot, sentados ambos en un cojín á los pies de la japonesa. Vió á Fiamma, quien parecía decirle con la vista: « Estad prevenido. »

Prevenido, él lo estaba siempre. Hacer semejante recomendación á un cazador de fieras, era en verdad superfluo. Era además una ironía, si el único peligro inmediato lo constituían aquellos jóvenes refinados.

Bernardo sonrió contemplando sus escarpines en semicírculo.

— ¡Doce pies! — murmuró. — ¡Cuán poca cosa para quien acaba de burlarse de ciento cincuenta y cinco!

Pensaba al decir esto en la longitud de la cuerda de nudos gracias á la cual acababa de escalar la torre de Nesle. Y en vez de sentirse agotado al evocar el recuerdo de tal esfuerzo sobrehumano, pareciale por el contrario que la fuerza que poco antes prodigara centuplicaba su energía vivificada.

¿Quién podía haber operado este milagro? Sed de Amor lo sabía perfectamente. Un beso: el casto beso de Glorieta.

— Señores, — dijo de pronto, accediendo al deseo

de los miñones, — he prometido, y justo es que pague. Sin embargo, como podría resultar fastidioso para vosotros, obligaros á escuchar la narración de los incidentes que precedieron á mi aprendizaje de la estocada veronesa...

— ¡Cómo! — interrumpió el señor de Bourdeilles. — ¿Pretendéis, caballero, hacernos espectadores tan solo de la última escena de un drama interesante? No, eso no; considerad que deseamos conocerlo en todos sus detalles, que deben ser dignos de nuestra curiosidad; ¿no es así señores?

Es de suponer que los señores interpelados habrían visto con gusto que Bernardo fuese derecho á lo que más á ellos les interesaba, que no era precisamente la historia de la famosa estocada, sino la demostración práctica de la misma. Sin embargo, por diplomacia, unieron sus ruegos á los del viejo abate cortesano.

Sed de Amor saludó.

— No me sería posible, — dijo — resistir á tales ruegos. Dos dias hace que ante un auditorio menos brillante que el que me escucha en estos momentos tuve el gusto de evocar recuerdos más lejanos aún que los que ahora solicitáis de mi memoria. Ello fué en la parte de la casa maldita recayente á la calle del Gallo, en el domicilio de esta hermosa física; — añadió inclinándose hacia Fiamma que se ruborizaba. — Allí comencé el relato del capítulo de mis aventuras en Venecia, relato que no pude continuar porque unos cuantos vocingleros me obligaron con sus gritos á asomarme á una de las ventanas.

— ¡Cuerpo de Baco! — gruñó Joyeuse. — ¿Por qué recordarnos ahora eso?

Rolando y Libarot palidieron, acordándose el primero con furor de la burla de que entonces fuera objeto, y el segundo de la oreja perdida en aquel trance.

— En efecto, — dijo Fátima. — El relato quedó sin concluir y yo me quedé con la curiosidad de saber si el Bernardo educado por el tío Garrote, raptado una tarde al salir del cementerio de Barbotan, vendido luego como esclavo en Trípoli y que fué más tarde cazador en el Anti-Libano, sois vos, caballero.

— Yo mismo, hermosa; — afirmó Bernardo.

— Lo presumía.

— Presunción es esa que no me extraña. Porque además de profundos conocimientos médicos, poseéis también el don de la doble vista...

— Por mi desgracia; — dijo con cierta amargura la joven.

Acababa en efecto de ver mentalmente su destino y hubo de pensar en que solo le quedaban algunas horas de vida.

— Algo escéptico me parecéis, caballero; — siguió diciendo ya con voz más entera. — No importa. Sabed que poseo en efecto ese don de la doble vista, y que lo poseo hasta el punto de que me sería posible referiros hasta los detalles más insignificantes de vuestra entrevista con Spolto, de la que no me habéis dicho una sola palabra: confesadlo.

— Lo confieso.

— Pero si los refiriera yo, — añadió Fiamma — es-

tos señores saldrían perdiendo en el cambio de narrador. Sin embargo, para ponerlos en el buen camino, me limitaré á narrar el primer incidente ocurrido á vuestra llegada á Verona.

— Pues señor, — interrumpió Brantome, — con todos esos preliminares se nos está haciendo la boca agua. Y en ello nos diferenciamos de muchas bellas y honestas damas de mi conocimiento que solo se relamían pasadas ya las noches de placer. Hablad pues, bella amiga, que ya el señor caballero os atajará en sazón oportuna.

Una sonrisa de Fiamma recompensó á Brantome por sus galantes palabras. Iniciada muy poco antes en el amor, del que no debía gustar nunca más, la joven hubo de acoger con indulgente piedad la impaciencia del mundano cronista de las gestas amorosas.

— Escuchad; — dijo ella. — Hace diez y ocho ó diez y nueve meses que el señor caballero de Arma, procedente de los países orientales, recorría de sud á norte el territorio italiano, dispuesto á dar ó á recibir golpes y sin topar con nadie que consintiera en medirse con él; y en su cualidad de *sediento de Amor*, había inflamado ya no pocos femeninos corazones, de los que se curaba en verdad bien poco, cuando hizo su entrada en Verona por el puente de la Barsa.

Y fué allí donde le ocurrió una aventura que debía marcar una etapa de su vida, fértil en incidentes de toda clase.

Envuelto entre la multitud insurreccionada, el caballero viose en la precisión de desenvainar su acero, no

solo para abrirse paso, sino también para proteger el pecho de su caballo contra la punta de los estiletes que manejaban con destreza algunos matones perdidos entre la multitud.

Con rápido molinete de su espada hizo el vacío en torno suyo, pues nadie parecía decidirse á recibir golpes ó heridas del extranjero batallador. Y ya libre de sus movimientos, enderezóse sobre los estribos. Lo que entonces pudo ver fué causa de que sus mejillas se tiñesen con el rubor de la vergüenza. Imaginaos, señores, que desde su elevado observatorio el caballero dominaba con la vista un hervidero de cabezas y de brazos; una verdadera multitud demente, ebria de vino y de furor, que hacía objeto de sus iras á dos hombres solos, dos ancianos, de los que uno estaba armado de espada y realizaba titánicos esfuerzos para proteger, defendiéndolo, á su compañero.

Justo es decir que el hombre de la espada, era un rudo luchador. Así lo comprenderéis cuando os diga que aquel valiente no era otro que el porta-espada de Pablo Veronese, Spolto, el maestro entre los maestros de armas. Cada una de sus estocadas daba con un hombre en tierra. Pero eran muchos los enemigos y la horda de energúmenos lo estrechaba amenazando con ahogarle. Debía faltamente sucumbir y con él sucumbiría su amo.

Así lo comprendió el caballero, quien lanzando un juramento de los más sonoros de su repertorio, cayó sobre la cobarde gentuza. No obstante lo rápido de su movimiento, el heroico joven no pudo evitar que una

piedra afilada hiriese al viejo esgrimista en medio de la frente. El infeliz cayó, y los viles agresores celebraron su caída con gritos de júbilo.

— Si vuestra memoria os es fiel, caballero, — añadió Fiamma — recordaréis que precisamente en este punto quedó interrumpido vuestro relato. ¿Debo continuarlo yo?

— Permitid, permitid; — interrumpió Brantome. — Opino que no debe cortarse un relato precisamente en el momento más patético. Desearíamos sin embargo saber, si ya caído el valiente Spolto fué rematado por sus agresores, ó si vive todavía, como para gloria del arte vive aún su amo y señor el insigne Pablo Veronese.

— ¡Un momento! — dijo Bernardo. — Puesto que mi deliciosa amiga sabe *sin que nadie se lo haya dicho*, lo que todos ignoran, le agradeceré que continúe aún su relato.

Envolviólo Fiamma en una mirada en la que había tanto de admiración como de ternura, y continuó diciendo:

— Por lo visto el caballero duda aún de mi don de doble vista, y espero que he de convencerle... A menos que sea la modestia lo que le impide hablar de si mismo, en cuyo caso le agradezco que me proporcione la ocasión de mostrarlo tal cual es.

Y adoptando de nuevo el tono narrativo, añadió enseguida:

— En aquel tiempo, señores, el caballero, aunque francés de nacimiento, no procuraba hacer mérito de su

parentesco con los occidentales, ni usaba como éstos de tortuosa prudencia.

— A ver, a ver, ¿qué lenguaje es ese, joven israelita? — dijo uno de los niños.

Pero Fiamma, sin inmutarse le contestó en el acto :

— He dicho tortuosa, cuando pude decir astuta, señor de Arque y de Joyeuse. Continúo. El caballero prodigaba ya entonces la impetuosa energía cuyos efectos os son conocidos, y el valor temerario de los conquistadores osmanlis, con los descendientes de los cuales había ya combatido con frecuencia. Ignoraba en absoluto el universal renombre de aquel anciano á quien vejaba la muchedumbre delirante de Verona, y ni siquiera sabía su nombre. Lo cual quiere decir que jamás había oído hablar á nadie de su estocada secreta. Esto no obstante la cobarde actitud de los agresores, hizo hervir la sangre en sus venas. Permitidme que insista acerca de esto. El generoso movimiento del caballero al acudir en defensa del caído estaba exento de todo cálculo; fué un movimiento instintivo. Tal vez hubiera sido menos rápido de saber que había de verlo recompensado más tarde.

Algunos de los que me escuchan estuvieron en el Prado de los Clérigos; otros fueron testigos de lo ocurrido en la calle del Gallo, no pocos de lo que pasó en la de San Antonio... Todos habéis visto cómo se porta el caballero en los momentos duros. A pie es un enemigo terrible; cabalgando sobre Djaulia, algo semejante al huracán y al rayo. Podéis pues figuraros lo que fué entonces.

Acababa apenas de caer Spolto, cuando ya el caballero llegaba como una tromba, derribando, aplastando y pisoteando cuanto encontraba á su paso.

Los primeros energúmenos que trataron de apoderarse del cuerpo herido de Spolto para arrojarlo á la corriente del Arige fueron derribados por la impetuosidad del bólido. Este pasó, volvió al galope y dióse á sablear, á acuchillar todo, ensanchando cada vez el círculo de agresores en torno á las dos víctimas de la cobardía de un populacho ebrio de sangre. Verona conservará por largo tiempo el recuerdo de la tremenda jornada.

Cuando cerca de él ya no vió el caballero más que gentes maltrechas que imploraban á gritos su perdón, detuvo al fin su caballo, apeándose de un salto...

Fiamma se interrumpió un momento, preguntando á Bernardo :

— ¿Os parece ya bastante lo que llevo dicho? Si todo ocurrió tal como lo dejo indicado, no vayáis á creer, caballero, que debo á algún demonio familiar los detalles que acabo de exponer. No : la explicación de ello es mucho más sencilla. Sabed que Sidi-Salem me ha enseñado á leer lo que pasa en el cerebro de los humanos. Mientras que yo hablaba ahora mismo, vos recordabais los hechos ocurridos en aquel entonces; yo no he hecho más que traducir en palabras vuestras ideas.

Los conjurados mostráronse inquietos al oír estas palabras. La sorprendente intuición de la joven hacíales pensar que tal vez esta adivinaba el móvil que les impulsara á arrastrar á Bernardo hasta aquel sitio.

Sed de Amor por su parte, convencido de que Fiamma era en realidad una vidente, no trató de negar una sola de las afirmaciones que acababa de hacer la joven.

— No me es posible contradeciros, amiga mía, — dijo con modestia — aunque sí debo declinar lo que de elogioso para mi conducta hay en vuestro verídico relato. Dejando aparte exageraciones que os son personales, debo aseguraros que en aquellas críticas circunstancias tuve la impresión de que no puede existir simpatía entre la multitud y mi persona. En realidad todo aquello se redujo á unos cuantos cintarazos sin contar algunos baños forzados que hubieron de tomar ciertos aficionados á la natación. Puedo aseguraros que jamás he visto tantas espaldas como ví entonces, y si no temiera que me tomaseis por un bromista añadiría que aquellas buenas gentes me hicieron el efecto de cargar á reculones.

Estas palabras de Bernardo, así como el modo irónico cómo presentó su propia apología, admiraron al buen Brantome, quien hubo de exclamar alborozado :

— ¿Hase visto cosa más original? ¿De modo que vuestros enemigos os cargaron retrocediendo? Me parece estar viendo desde aquí la heroica carga. Os juro que he de contar el hecho en mis *Fanfarronadas*, escribiendo así sobre poco más ó menos :

« El señor caballero de Arma fué acogido por los veroneses con diligencia digna de ser recomendada á los guerreros ávidos de distinguirse sin exponer el pellejo. Pudo ver en efecto á sus valerosos enemigos cargar con brío aunque huyendo como lebratos. Los capitanes

de las futuras generaciones deberán hacer ejecutar este movimiento con las siguientes voces de mando : « Prepárense para huir... Hacia atrás... ¡Marchen! »

Luego de reír ruidosamente, el jocundo cronista añadió en tono de súplica :

— Supongo, caballero, que la escena de la épica huida va á llevarnos como de la mano al relato de la entortada ; ¿no es así?

Sed de Amor apoyó los codos en el mármol de la chimenea, presentando al fuego agonizante de la leña la suela de uno de sus zapatos.

— Así es en efecto ; — dijo. — Y como podría ser que en los salones se comentase vuestra ausencia, procuraré hacerla lo más breve posible tomando la narración en el punto mismo en que la ha dejado Fiamma. Sabed pues que Spolto, el herido, no sucumbió inmediatamente al golpe recibido. Cuando yo acudí en su auxilio vivía aún, por más de que su estado era gravísimo. La piedra cortante, arrojada sin duda con una honda, habíase incrustado en el cráneo por decirlo así, dejando al infeliz en la imposibilidad de pensar ni de moverse. Su amo le mojó la cabeza, sin resultado apreciable ; y como el sitio aquel no era que digamos muy seguro, pues los energúmenos podían volver á la carga, colocamos entre ambos al herido sobre la silla de Djaulia, y sosteniéndole en ella como nos fué posible atravesamos la ciudad, casi desierta en aquel momento por ser la hora del sesteo.

Lacayos diligentes nos abrieron las puertas del palacio Maffey, lo que me probó que el sujeto á quien

tan bien defendiera el herido debía ser un gran personaje, y una vez el paciente en el lecho, fué llamado un físico para que procediera á su curación.

El hombre de arte no hizo más que una visita. El herido estaba condenado y no había para él salvación posible. Claro es que, no teniendo nada que hacer en Verona, érame posible continuar mi camino hacia Francia. Sin embargo, me quedé junto al maltrecho esgrimidor, sin que yo mismo pudiera darme cuenta del porqué del interés incomprensible que me inspiraba aquel desdichado.

Lo velábamos, alternando, su amo y yo. Entonces fué cuando me enteraron del nombre y calidad de mis dos nuevos amigos. El primero, Pablo Caliarì, llamado el Veronés, pintor de gran talento, era el artista más apreciado del gran Consejo de la república veneciana; había abandonado el palacio de los Dogos para seguir en Verona, lugar de su nacimiento, un proceso ridículo, y habíase hecho acompañar en su viaje por su escudero y defensor Spolto Dulci, el herido.

Este hombre, tan célebre en su categoría como entre los pintores lo era su amo, era el más terrible espada-chín con que contaba entonces la batalladora Italia. No había espada alguna, por diestra que fuese, que le hiciera retroceder; antes al contrario, inventor, ó novador en su arte, habíase adueñado de cierto golpe difícil de sorprender, del que solo se servía en caso indispensable y apurado, porque la resultancia del mismo era tocar siempre á su adversario en el ojo derecho convirtiendo al hombre en un cadáver tuerto.

Repito, señores, que yo me interesaba por aquel infeliz sin saber por qué, de un modo instintivo, mejor dicho, irrazonado. Tal vez no me creáis si os digo que en lugar de alegrarme deploré mi compasión por él al enterarme de que se hallaba en posesión del secreto de una estocada-mágica. Figuraos que era posible que se me creyese paciente por interesado, y que mi compasión se interpretase en el sentido de que esperaba, como recompensa de mis servicios y cuidados, el secreto de la estocada misteriosa.

Si he de hablaros con franqueza yo no creía en tal secreto, pues siempre desconfié, tratándose de estocadas, de todo lo que no sea el arte clásico de matarse con arreglo á leyes de esgrima imprescriptibles; y por eso, y por los temores de que acabo de hablar, resolví anticipar mi marcha y despedirme de Veronés, quien sin oponerse á mis designios me suplicó que velase aún una noche al maltrecho Spolto.

¿Cómo negarme? Accedí pues, como habría hecho cualquiera de vosotros; pero en Dios y en mi ánima juro que á saber antes lo que me esperaba, me hubiese negado en absoluto, aun á riesgo de pasar por hombre mal educado y de poco nobles sentimientos.

He de deciros aquí, que yo no había visto aún á Spolto hacer movimiento alguno, ni conocía el timbre de su voz por no haber pronunciado palabra alguna en mi presencia desde que cayera herido. Sabía, sí, como su amo, que el hombre se daba cuenta de lo que se decía en torno suyo, pero eso era todo.

La noche de que hablo, cuando el Veronés se hubo

retirado á sus habitaciones, yo me instalé cómodamente en una butaca, no muy lejos del lecho del herido, y comenzaba á amodorrarme, cuando experimenté una conmoción indecible. Una mano helada acababa de ponerse en mi hombro.

— ¡Por Dios vivo! juró Rolando. — ¿Tendréis la pretensión de hacernos creer que era la mano de Spolto?

— ¡La mano del cadáver vivo! — añadió Joyeuse.

— Pero vamos á ver, — preguntó un tercero — estabais cerca del lecho ó pegado al lecho?

— Me separaba de él — dijo Bernardo con calma — un espacio vacío, y toda la anchura de una mesa.

Los oyentes de Sed de Amor no disimularon la sorpresa que les causó las palabras del joven.

Tres ó cuatro voces dijeron al mismo tiempo :

— ¿Se había levantado Spolto, verdad?

Siempre tranquilo, dueño siempre de sí mismo, Bernardo paseó su mirada por los rostros angustiados de sus oyentes.

— Señores, — dijo con gran lentitud, — el cadáver vivo estaba en pie, delante de mí. Envuelto en la blanca colcha á modo de sudario, el esquelético anciano proyectaba sobre mi frente la llama de sus órbitas huecas, mientras que su brazo descarnado, desertando el falso sudario, hacía centellear en el aire la hoja desnuda de una espada.

— ¿Quería atravesaros por lo visto ese resucitado? — preguntó Chicot.

— Un poco de paciencia. Grande fué mi sorpresa al

verle en aquella guisa, y creyéndole presa del delirio quise llamar; pero él detuvo mi mano. Intenté entonces tomarlo en brazos para llevarle de nuevo al lecho y ¡aún me parece encontrarme en aquel trance extraordinario! Aquel hombre que hubiérase dicho estaba más muerto que vivo me rechazó con vigor irresistible, amenazándome nuevamente con la punta de su arma.

Del grupo de los miñones se elevó un murmullo sospechoso.

— Sin duda estaba loco; — murmuró uno.

— Esa precisamente fué mi impresión, — dijo Sed de Amor, — la de que me hallaba en presencia de un demente. Las heridas en el cráneo provocan singulares excentricidades. Sea como fuere, ello es que no siéndome posible explicarme la actitud de Spolto para conmigo, y puesto como quien dice entre su espada y la pared, no tuve más remedio que desenvainar mi acero, disponiéndome á parar aquellos de sus movimientos que pudieran resultar peligrosos para mí.

Entonces vi animarse las cavidades orbitarias del extraño enfermo, y sus labios se entreabrieron. Luego oí su voz hueca, exteriorizada, de ultra-tumba, que pronunciaba estas dos únicas sílabas : « Por fin. »

— Singular diálogo el vuestro, caballero, observó Chicot. — El personaje no era que digamos muy prolijo.

— Tal vez tenía prisa; — murmuró una voz femenina.

Y Bernardo, volviéndose hacia Fiamma, añadió sonriendo :

— Habéis adivinado, amiga mía; el hombre deseaba acabar pronto; y justo es decir que, aunque perezoso de lengua era terriblemente vivo de gesto. Aun vibraba en mis oídos el « Por fin » cuando hiriendo el suelo de una doble llamada de su pie desnudo, me envió sin más ceremonia una estocada á la cara.

Muy interesados por aquel relato los miñones se levantaron casi al mismo tiempo.

— ¡A la cara! — repitieron con incredulidad.

— Sí, señores, repitió Bernardo. — Y tan de veras iba la cosa, que si no me hubiera echado atrás de un salto, me atraviesa el cráneo de parte á parte.

Brantome estaba entusiasmado. Parecía presenciar el espectáculo descrito por el caballero, y por sudar sin duda de angustia, enjugábase la frente con la fina batista.

— Entonces, — dijo — ya la duda se os hizo imposible. Os encontrabais frente á un loco furioso.

Precisamente se produjo lo contrario — afirmó Bernardo. — El antiguo esgrimidor acababa de recobrar, momentáneamente, la plenitud de sus facultades mentales, y disponíase á dar su última lección. Cierto que habíase mostrado brutal; pero lo hizo para demostrar en cuánta estima tenía á aquel de quien quería hacer un heredero.

— Es mi golpe — me explicó lacónicamente mientras sus labios exangües se plegaban con mueca extraña que quería ser una sonrisa. — Debe sobrevivirme... Os lo lego.

Regalo regio que valía una fortuna, ¿verdad, se-

ñores? Sin embargo, hice lo que cualquiera bien nacido habría hecho en mi lugar. Decliné el ofrecimiento. Más aún: quise hacerle creer que recobraría la salud. Pero sus fuerzas declinaban; sin oír siquiera mis palabras, Spolto, fijo en su idea, me preguntó: « ¿Habéis comprendido? »

Y como yo contestara negativamente me gritó: ¡ « En guardia! »

Os juro, señores, que el rayo tarda más en caer de lo que tardó su acero en llegarme á la cara. Oí un crujido, sentí una quemazón... Una gota de sangre asomó bajo la ceja derecha. Me había tocado.

En este punto del relato de Sed de Amor, Rolando hizo una seña significativa á Remy Belleau, quien comprendiendo sin duda, preguntó enseguida al caballero:

— ¿Habéis aprendido la entortada, caballero?

— Había visto algo de ella — dijo Bernardo — pero algo nada más, porque los movimientos de aquel moribundo eran más vivos que centellas.

— Lo cual quiere decir que aun recibisteis de Spolto una tercera lección.

— No: el pobre hombre no debía dar ya más lecciones á nadie. Lo que hizo fué acercar á mí su daga y su espada, diciéndome como si testase: « Vuestras... armas... recuerdo... Spolto. »

Y como si no hubiese esperado para morir más que ese momento, se dejó caer entre los brazos de Pablo Veronese que acababa de llegar, al ruido de la escena que acabo de referiros.

— ¿Y así acabó la aventura?

— Así, señores.

— Pero, ¿y la estocada?

— Pues, la estocada, — dijo Bernardo, — me preocupaba no poco, la verdad, y más tarde hice de ella un estudio profundo; entonces hube de reconocer que en mi semi duelo con Spolto, yo mismo había guiado el acero de mi contrario hacia mi ojo. El famoso secreto, señores, no es más que como un juego de niños. Cuando se le conoce, ya no se ensaya ningún otro, tanto más cuanto que es como una síntesis de la esgrima...

— Pero decidnos, caballero, ese golpe, como todos los demás, debe tener su parada correspondiente.

— Ninguna, — contestó Bernardo categórico. — Preguntad á esos señores, que, sin que esto sea hacerles un reproche, saben de ello alguna cosa.

Y Sed de Amor señalaba al decir esto, á Rolando y á los amigos que le rodeaban.

— Para evitar ese golpe — añadió enseguida — sería preciso batirse como los gañanes: á puñetazos. Pero con una espada en la mano, no se le evita. El hierro que pretende alejarlo, hace precisamente lo contrario, lo atrae, dirigiéndolo hacia el sitio que debía cubrir.

Los conjurados cambiaban entre ellos miradas inquietas. Aquel golpe de punta contra el que no había parada posible, hacía el efecto de una inverosímil espada de Damocles que amenazase inquietante sus cabezas. Sin embargo, hubieron de pensar que si se hallaban allí reunidos era precisamente para obtener

la demostración del golpecito. El duque Rolando era, entre todos, el más interesado en conocer el secreto del mismo, pues como lo prometiera formalmente al duque de Guisa, quería utilizarlo enseguida contra el caballero Bernardo. Hizo pues una nueva seña. Y la hipócrita falange estrechó el círculo en torno á Sed de Amor.

Fiamma habíase levantado, y dando vueltas á su sombrilla con afectada indiferencia, dirigióse con tranquilo paso hacia el caballero, murmurando al pasar junto á él:

— ¡Cuidado! ¡Estad prevenido á todo!

Bernardo sonrió como lo hiciera antes. Habíase mostrado condescendiente, pero no se hallaba dispuesto á ir más allá en el terreno de las concesiones. Si aquellos cortesanos empolvados se atrevían á exigir de él algo más, ya procuraría darles una leccioncita de esas que no se olvidan fácilmente.

El naciente mal humor de Bernardo aumentó de pronto al oír la voz melosa de Remy de Belleau.

— Caballero — decía el representante de la pléyade, — estos gentileshombres y yo deseáramos obtener de vos una gracia.

— ¿Cuál? — preguntó con sequedad Bernardo.

— La de que nos enseñéis la estocada de Spolto.

Sed de Amor miró con lástima al emisario, comprendiendo que no era más que un comparsa designado para servir de blanco á su espada mientras los otros estudiaban su modo de esgrimirla. Después de todo, ¿qué le importaba á él? Resuelto á ir á donde le llevasen, contestó á su interlocutor:

— Haríalo con mucho gusto, caballero; pero el caso es que no veo por aquí ningún maniquí que pueda servirme de estafermo.

— ¿Para qué un estafermo?

— Para dejarlo tuerto.

Rolando palideció al oír esto, ahogado por la rabia, mientras sus cómplices observaban prudente silencio.

— ¡Bah! — dijo Tournemire; — ¿no puede ser algo menos?

— Señor barón, — repuso Bernardo — sabed que no hay modo de detener la mano una vez iniciado el movimiento. Si el señor de Maugirón ha sobrevivido á su ojo, lo debe á la gran distancia que nos separaba. Sin embargo, si deseáis suicidaros...

— Después de Belleau, caballero. Tomar yo su puesto sería ofenderle.

El poeta temblaba como un azogado; pero como se había comprometido, no tuvo más remedio que desenvainar su espada, imitándole enseguida Bernardo.

— La lección será breve, — dijo tanteando el hierro de su adversario. — ¡Muerte de mis huesos! caballero, teneos un poco mejor... ¡Ni que en lugar de espada manejaeis una caña! Vamos, atacad como os plazca. Así; ¿en línea de sexta? Pues vaya por la línea de sexta. Doy dos golpecitos en esa línea, y ya lo veis, esos golpes llevan la punta de vuestra espada á la altura de mi pecho, exactamente entre la tetilla y el biceps. Mi mano está vuelta hacia afuera, con el pulgar hacia abajo... ¿Está claro esto? ¿Comprendido? Pues precipitemos el movimiento. Doy un paso adelante; con

rápida media vuelta del puño, el pulgar en la parte llana del brazo, que se tiende... ¿Podéis impedirlo? ¿No? Pues entonces parad, ¡qué diablo! Mi hoja se desliza bajo los gavilanes de la empuñadura de la vuestra... ¡Huid, desgraciado! Mi acero corre, corre, y llega forzosamente á...

— ¡El ojo derecho! — gritaron los miñones aterrados.

Remy Belleau abrió los brazos cayendo al suelo como una masa.

La espada de Sed de Amor siguiendo el trayecto que él indicara en voz alta, acababa de atravesar el cerebro del productor de versos.

— ¡A muerte! rugió colérico el duque Rolando.

Todas las espadas salieron entonces de las vainas. Y el salón de Coconás habría sido teatro de una espantosa carnicería á no producirse en aquel preciso momento un suceso inesperado.

La puerta se abrió de pronto con estrépito, y en el umbral de la misma apareció el duque de Guisa.

— Señores, — dijo con voz entrecortada por la emoción, — el rey está en peligro ¡A la torre! A la torre!